

LA CONVERSIÓN DE CONSTANTINO

por Francisco-Manuel Nácher

Si la conversión de Constantino al Cristianismo hubiera sido sincera, no lo hubiera convertido en la religión del estado o, de hacerlo, no hubiera hecho la guerra.

Constantino, pues, o no entendió el mensaje cristiano o no fue un cristiano sincero. Porque no se puede ser cristiano y hacer la guerra.

Ahí radica la gran dificultad que entraña el ser cristiano de verdad y ser, al mismo tiempo, rey o, incluso, político. Podría asegurarse que no ha habido ningún verdadero santo que a la vez fuera buen político, y viceversa. Los que de veras lo intentaron siendo reyes, provocaron la debilidad de su pueblo. Y los que, sin serlo, ostentaron algún poder y pretendieron poner en práctica, desde él, las ideas cristianas, fueron asesinados.

Apenas casi aparecida la iglesia cristiana, las fuerzas del mal se apresuraron a hacer lo posible por asociarla con el ejército. Y así, una religión universal, que predicaba el amor a los enemigos, pretendió extenderse y mantenerse, y lo ha seguido intentando durante casi dos mil años, con la ayuda de los ejércitos que, por definición, son excluyentes, ya que, para justificar su existencia, necesitan tener un enemigo, real o imaginario, pero enemigo, y fomentar el odio o el miedo o el desprecio hacia él, y tratar de destruirlo, por supuesto, con violencia, única manera de actuar de los ejércitos a lo largo de la historia.

¿Cabe contradicción mayor? ¿Y cuál de los dos componentes de ese contubernio quedó desvirtuado? Lógicamente, el religioso. Y así continúa.

Porque, lo que se dice del ejército vale, del mismo modo, para el poder político. Y no cabe duda de que los papas fueron, y siguen siendo, jefes de estado. Lo cual quiere decir que les resulta de todo punto imposible “*dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.*”

* * *